



LA SINGULARIDAD DEL
HUMANISMO MEXICANO

PEDRO FÉLIX HERNÁNDEZ ORNELAS
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y
HUMANIDADES "ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"

PFHERNANDEZO25@GMAIL.COM

LA SINGULARIDAD DEL HUMANISMO MEXICANO

La evolución del universo es una constante; los seres humanos sólo la reconocemos por símbolos que surgen de una luz cada día más fuerte en nuestra conciencia de existir. El impacto de los símbolos del principio la iluminan con su sacralidad y nos hacen más luminosamente conscientes de nuestra dirección al «Más Allá».
E.Vögelin, History and Order, 2000.

La tradición educativa de los países que se identifican como de cultura occidental parece el camino más seguro para introducir el tema. Pero además de ello, habrá que reconocer muchos rasgos culturales de las grandes tradiciones indígenas de América Latina (especialmente maya, azteca, Inca, etc). Esa tradición es herencia cultural que atesora vivencias prehistóricas del ser humano, unidas a visiones y experiencias propias de la cultura greco-romana, tamizada con ideas religiosas del pueblo judío: visiones que reconocen la sacralidad y dignidad del ser humano como un índice inconfundible de su grandeza y transcendencia (Dominic, 2015). Sin aceptar la superioridad de alguna herencia cultural particular o despreciar las diferencias de tradiciones culturales del mundo, estas reflexiones sobre letras e ideas en las relaciones sociales sólo exponen el singular origen del humanismo del mexicano.

Las primeras décadas de la colonización española del territorio Mesoamericano fueron momentos cruciales para fijar el rumbo de la posible convivencia entre España y la gran diversidad de pueblos aborígenes recién avasallados. Momentos difíciles, sin dudas; por un lado, la España, comenzando apenas una vida nueva sobre las cenizas de su violenta cristianización interna. Por el otro, una gran variedad de pueblos y civilizaciones,

especialmente del Altiplano de Mesoamérica, muchos de ellos enemigos entre sí; pero, en cierto modo de respetuosa relación (hasta comercial), con el gran Tlatoani Azteca (Ricardo, 1933).

La colonización sembró un criollismo que, a menos de dos siglos de la Nueva España, iba quedando numéricamente muy por debajo del mestizaje; este llega así a incluir la mayor parte de la población mexicana actual, unida a un importante grupo (21.5%) de personas afines a etnias aborígenes: los pueblos indios de México. Tal es, a grandes rasgos, el camino de la forja poblacional que define a nuestro México. Un país oficialmente integracionista, no dispuesto aún a aceptar a los pueblos indígenas como naciones y sujetos históricos de derecho (Hernández, 2021).

Esa colonización pudo, aunque con muchas deficiencias, corregir (sin extirpar) graves abusos y crueldades de la humanidad y su corrupción; pero, en su totalidad, terminó creando la patria y nación que hoy somos. Una colonización (México y América Latina) que fue de dominio, sí, y muchas veces, un dominio ciego y criminal. Por eso creo menos afortunado llamarla, como algunos lo han hecho, una “Conquista Espiritual” (Benavente, 2014), o “Conquista Religiosa”. Como si el espíritu del indígena fuera incapaz de aspirar al infinito.

A principios del siglo XVI, (el momento que tratamos), España y Europa entera tenían ya la luminosa actividad de los mayores humanistas de un prolongado Renacimiento. Entre los más reconocidos, sin duda alguna, sobresalía Erasmo de Rotterdam (1466-1536) (Huizinga, 1955). Su provocadora “Doctrina Cristiana” lo hacía, quizá, el crítico más radical, fervoroso y sabio de la cristiandad de su tiempo (Huizinga, 1955). No lejos de él, pero con su propia genialidad (por ejemplo, iniciación de pedagogía inductiva) y muchas ideas sobre enseñanza, estuvo Juan Luis Vives, en Oxford y Holanda (Vives, 1967), después cerca de él, Tomas Moro, -Sir Tomas Moro- (Moro, 2011): Canciller de Inglaterra bajo Enrique VIII, llegó a los mayores honores de la intelectualidad europea por su famosa Utopía, un tratado inspirador sobre el desarrollo socio-político de los pueblos a partir de la primacía de la fraternidad humana.

Abreviando mucho la cuenta de humanistas de indiscutido renombre ligados a la empresa civilizadora de México, no puede olvidarse Fray Francisco de Vitoria, creador del Derecho Internacional (Vitoria, 1917), e impulsor de los derechos humanos. Hermano (Dominicano) de Orden Religiosa, Bartolomé de las Casas, quien lucharía por sus ideas al sur de México. Pues bien, aquí, frente a lo más singular del humanismo en México. Todos los genios mayores del humanismo europeo tuvieron en la empresa civilizadora de la Nueva España por lo menos algún discípulo directo o muy cercano a ellos y buen

intérprete de sus ideas. En el caso de Bartolome de las Casas hay que reconocer que él, entre los primeros del mundo, un civilizador de México y defensor de la dignidad inviolable de los pueblos indígenas. Recordemos en breves líneas.

El insigne Erasmo tuvo en México un fiel adepto, el primer Obispo de México, Fray Juan de Zumárraga que apoyó mucho toda la labor educativa franciscana, y la del primer Virrey, D. Antonio de Mendoza (Márquez, 2001), introductor de la imprenta en México y fundador del colegio de Santa Cruz de Naturales, el cual serviría de difusor de ideas de pedagogía y psicología inductiva -Juan Luis Vives- (Vives, 1967). Fueron escolares del Colegio de Santa Cruz, en Tlatelolco, los que escribieron esa maravillosa carta de nacionalización del “Guadalupanismo” mexicano: poesía y expresión. Tal vez la más profunda del mestizaje patrio y sostén del plurinacionalismo indígena, así como del sentimiento religioso de América: el “Nican Mopohua” (Valeriano, 1649).

Junto a ellos, o casi, llegaron a México otros dos genios de la labor civilizadora de España, el jurista Vasco de Quiroga, al sur del Altiplano, a Michoacán, y a los Altos de Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas, un sacerdote dominico, como Francisco de Vitoria. Las Casas, en su juventud, había sido “encomendero” (patrón, explotador de indígenas). Su conversión y formación cristiana iluminaron su lucha por los derechos de los indígenas como primer obispo de San Cristóbal, en el sureste de México.

¹ Zumárraga, Fr. Juan de. Primer Obispo de México y colaborador invaluable del primer Virrey.

² De Mendoza, Antonio, primer Virrey de Nueva España. (enero, 6, 1536). Introdujo la imprenta en el Nuevo Mundo y fundó el Real Colegio de Santa Cruz de Naturales, en Tlatelolco. Ver Márquez Rodlies, o.c.4

³ He aquí un texto del inicio: “Deseo que se me edifique aquí un templo: allí daré a las gentes, en todo, mi amor personal: en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación: porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres, mis amadores... los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí, porque allí les escucharé su llanto, su tristeza; para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores” “... ¿no estoy aquí yo, tu madre”? (Valeriano, 1649.)

⁴ Vasco de Quiroga, abogado y diplomático. Amigo personal de Carlos V, ordenado sacerdote en Nueva España, fue el primer obispo de Michoacán (Pátzcuaro). Implementó con modalidades nuevas, la Utopía de Thomas Moro, Ver. “Ordenanzas” (para los Pueblos -Hospitales de Michoacán. (Ver, Márquez, o.c.Cap.-8 a 10.)

⁵ Bartolomé de las Casas: primer Obispo de San Cristóbal, Chiapas.

No es posible registrar aquí, como algunos desearían, muchos otros ilustres y sabios civilizadores de la llamada Nueva España. Grandes humanistas, también, como Pedro de Gante, familiar del Emperador Carlos V; o Motolinía y Mendieta (Fray Jerónimo), antropólogos y etnólogos, así como misioneros franciscanos de insigne memoria. Lo único que aquí hemos propuesto es poner de relieve el hecho singular, tal vez único en América, de ser México un heredero directo, sin intermediarios, de los mayores y más reconocidos humanistas de la Cultura Occidental. La historia respalda ampliamente la pretensión de estos recuerdos. Poniendo en pantalla grande, por llamarlo de alguna manera, el espectro de vivencias más profundas: las visiones y experiencias espirituales del ser humano, amor, compasión, lealtad y gratitud, deseo de superación, etc., viene ahora la pregunta.

Y ¿qué es el humanismo mexicano? Toda persona (“un ser así para el otro”) lleva en sí misma, al igual que su comunidad, el “asombro y cuidado”, por todo lo que le rodea. Primero, por lo que aparece a los sentidos, inmediatamente después, por aquello que los sentidos no alcanzan: lo que pertenece al espíritu. “¡De las cosas que vemos y no son, hacia aquellas otras que no vemos y son!”. Tal es, a mi juicio, la descripción del humanismo, personal y comunitario: la revelación del peregrinar humano hacia lo esencial, hacia ese LOGOS interior que ya Heráclito suponía en toda persona.

En los días de los Acuerdos de San Andrés (1996), le preguntaron a D. Fernando Benítez, autor del monumental registro de los pueblos indios de México: ¿Y qué le dejaron a usted los pueblos indios? Esta fue su contundente respuesta:

Me enseñaron a no crearme importante, a tratar de llevar una conducta impecable, a considerar sagrados a los animales, las plantas, los mares y los cielos, a saber en qué consiste la democracia y el respeto debido a la dignidad humana. También, a pasar de lo cotidiano a lo sagrado (Navarro, 2021).

¿Habrá mejor definición del humanismo mexicano, y del de muchos mexicanos? El no reconocer la parte de herencia espiritual de las culturas aborígenes en la empresa civilizadora de España, sería un error imperdonable. Fueron maternidad también de nueva vida. Así lo demostraron precisamente los grandes humanistas, civilizadores geniales, artífices de nuestra forma de ver y entender y amar nuestro mundo y la patria.

Terminaré con una inquietud personal que quizá compartan muchos colegas académicos: dados los enormes problemas de migración planetaria y sus consecuencias políticas (aumento de Estados plurinacionales), ¿no debería incluirse, entre los Retos de la Educación de nuestra Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, la creación de un Instituto Superior Interdisciplinario de Culturas y Pueblos Indios del Altiplano y Sureste de México?

Referencias

- Benavente, F. (2014). *Motolinía, Historia de los indios de la Nueva España*. España: RAE.
- Dominic Crossan, J. (2015). *How to Read the Bible and Still Be a Christian: Struggling with Divine Violence from Genesis Through Revelation*. Harper Collins .
- Hernández, L. (2021). *Acuerdos de San Andrés, autonomía vs. neindigenismo*. México: La Jornada.
- Huizinga, J. (1955). *Erasmus de Rotterdam, (2Vol.)*. Barcelona, Salvat: Trad.de la Edit francesa de Gallimard.
- Márquez, I. (2001). *La utopía del Renacimiento en tierras indígenas de América*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Moro, T. (2011). *Utopía*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Ricard, R. (1933). *La “conquête spirituelle” du Mexique*. Paris.: Institut d’ethnologie.
- Valeriano, A. (1649.). *Nican Mopohua*. Luis Lasso de la Vega.
- Vitoria, F. d. (1917). *De Indis Et de Iure Belli Relectiones*. Carnegie Institution.
- Vives, J. L. (1967). *Encyclopedia Británica*.
- Voegelin, E. (2000). *Order And History*. Missouri: University of Missouri Press.